

XIº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 18-22 de septiembre 2007.

MESA Nº 43: "Las izquierdas en la Argentina en el siglo XX. Reflexiones en torno a sus dimensiones social, política, intelectual y cultural: 30 años (1943-1976).

Coordinadores: Ana María Barletta (UNLP) - Jorge Cernadas (UBA / UNGS)

E-mail: abarletta@infovia.com.ar - jcernada@ungs.edu.ar

AUTOR: TORTTI, MARÍA CRISTINA

INSTITUCIÓN: UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA – Facultad de Humanidades

(Centro de Investigaciones Socio Históricas y Departamento de Sociología)

E- mail: mctortti@way.com.ar

TÍTULO: “EL PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO DE VANGUARDIA: ENTRE CUBA Y EL PERONISMO”

RESUMEN

Entre los últimos meses de 1961 y los primeros de 1962, algunos procesos –nacionales e internacionales-, incidieron fuertemente en el rumbo que tomaría el recién nacido Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), convirtiendo a su breve trayectoria en una acabada síntesis de los dilemas que afrontaría la “nueva” izquierda en Argentina. Por un lado, la política “frondizista” de paulatina legalización del peronismo, al abrir una mayor gama de posibilidades al peronismo, impactó sobre sus posibilidades de convertirse en “canal legal” de los “proscriptos”, tal como lo muestran las elecciones de 1961 en Santa Fe y las de 1962 en la provincia de Buenos Aires. Al mismo tiempo que las tácticas electorales -en relación con el peronismo-, resultaban frustrantes, los “vanguardistas” intensificaban sus vínculos con Cuba -y con los “planes continentales” que desde allí se alentaban- y se ligaban más estrechamente con el peronismo de izquierda y con los “comandos de la resistencia”.

PONENCIA

Durante los años que siguieron al derrocamiento del gobierno peronista, el Partido Socialista (PS) se vio atravesado por una compleja combinación de expectativas y contradicciones, cuyo despliegue llevaría, en poco tiempo, a un verdadero estallido y dispersión de las fuerzas partidarias.

Fuertemente debilitados por la pérdida de su base obrera -atribuida a la demagogia y a la represión ejercidas por el régimen caído-, los socialistas pensaron inicialmente que en las nuevas condiciones se produciría la “desperonización” de las masas y su consecuente reorientación hacia el “verdadero” e histórico partido de los trabajadores. Sin embargo, esta creencia -compartida por muchos en la izquierda- se vio rápidamente desmentida por los hechos que, por el contrario, mostraron que la adhesión de los trabajadores al peronismo no era un rasgo transitorio ni el fruto de la pura manipulación política.

El PS, que se había opuesto sistemáticamente al gobierno peronista -y que por eso había sido perseguido-, se comprometió fuertemente con la “Revolución Libertadora”, sobre todo en su primera etapa. Es que, como consecuencia de un largo proceso que se acentuó durante el decenio peronista, en el Partido se había consolidado el predominio de los sectores más tradicionales -o “liberales”-, liderados por Américo Ghioldi. Sin embargo, tanto entre algunos viejos dirigentes como -y sobre todo- entre los nuevos afiliados, fue creciendo un profundo malestar hacia ese alineamiento que comenzaron a percibir como “complicidad” con la política “anti obrera” y represiva del gobierno militar.

Desde entonces, el PS vivió en un estado de tensión -que luego se convertiría en enfrentamiento interno- hasta que, en 1958, se dividió en PS “Argentino” (PSA) y PS “Democrático” (PSD). Mientras que en el PSD se reagruparon los sectores “liberales”, el PSA inició su camino marcado por una cierta heterogeneidad interna ya que en él convivían dirigentes y afiliados de posiciones “moderadas” -de tipo socialdemócrata-, tales como A. Palacios, A. Moreau de Justo y C. Sánchez Viamonte, con otros más jóvenes y “radicalizados”, tales como A. A. Latendorf, D. Tieffenberg, P. Giussani y E. Semán (M. C. Tortti, 2005)

En lo que sigue se presenta, a grandes trazos, la trayectoria del PSA cuando, una vez producida la escisión, se vio ante la necesidad de definir su propio perfil en las nuevas condiciones planteadas por el gobierno de A. Frondizi cuya fórmula política combinaba la

promesa del “desarrollo” económico con una estrategia destinada a lograr la “integración” política del peronismo. Entonces, el PSA se vio enfrentado a varias “cuestiones” que pondrían a prueba tanto su capacidad para situarse en el nuevo escenario político como los límites de su unidad ideológica que no había quedado resuelta con la escisión del “ghioldismo”. Dichas “cuestiones” podrían sintetizarse en las siguientes: 1-cómo salir del antiperonismo cerrado -“gorilismo”- y, en tanto socialistas, acercarse a los trabajadores que, en su mayor parte, se identificaban con el peronismo proscripto; 2- qué actitud asumir ante las próximas convocatorias electorales; 3- cuál sería el camino más adecuada para lograr el crecimiento de una alternativa socialista en el país, optando entre privilegiar la construcción de un partido socialista y netamente “clasista” ó la de un frente político y social con otras fuerzas populares y de izquierda; 4- cuál la estrategia política que, siendo acorde con los principios del socialismo, se adecuara al “estado de conciencia” de las masas, lo cual incluía el espinoso tema de las “vías” -democrática ó insurreccional-, para acceder al poder; 5- cómo situarse ante las diversas corrientes -“duras” ó “blandas”-que se cruzaban en el peronismo; 6-cómo relacionarse con el Partido Comunista (PC), atendiendo tanto a su alineamiento internacional como a su estrategia “etapista” para la revolución en Argentina.

El desarrollo de estas y otras cuestiones -que pueden seguirse en publicaciones tales como *Sagitario*, *Situación* y *Che*-, irá produciendo una creciente diferenciación política dentro del Socialismo Argentino, distanciando cada vez más a los sectores “moderados” de aquellos más comprometidos con posiciones de corte “revolucionario”. Este proceso se irá acentuando al calor de la radicalización de la Revolución Cubana y del acercamiento con el peronismo -sobre todo con su “línea dura”-, propiciado por la izquierda partidaria. Y, si bien entre 1959 y 1961, el Partido registró un interesante crecimiento y obtuvo algún resonante éxito electoral -como el de A. Palacios en la Capital-, no logró detener el enfrentamiento interno. Dicho enfrentamiento se aceleró después del congreso partidario de 1960 -en el que se proclamó la línea del “frente de trabajadores”-, y desembocó en el contradictorio proceso electoral interno de mayo de 1961, y en una nueva ruptura de la que surgió el PSA “de Vanguardia” (PSAV).

Por su parte, el PSAV y el grupo que le dio origen, pueden ser ubicados en el campo de la naciente “nueva izquierda”, al lado y en competencia con otros grupos que, provenientes de diversas tradiciones políticas, también se estaban escindiendo de sus

organizaciones de origen, unidos por la certeza de que había llegado la hora de la “revolución”; todos ellos buscaban combinaciones políticas que, de alguna manera, articularan peronismo y socialismo, y también, casi todos ellos, se deslizaron más o menos rápidamente hacia la convicción de que la apelación a la lucha armada sería inevitable en algún momento del proceso de liberación nacional y social. De acuerdo con su caracterización del nivel alcanzado por la oposición popular al gobierno -y de la tensión que dominaba la política nacional-, los “vanguardistas” vislumbraba para los próximos dos o tres años sólo dos alternativas: “el encumbramiento legal de las fuerzas populares o el derrumbe de la legalidad”. Ante esa perspectiva, la tarea de la izquierda no podía ser otra que la de encarar decididamente la creación de un “nuevo nucleamiento popular” que permitiera volcar hacia él al peronismo y a los sectores medios. Para ello, y atendiendo a las características de un país que como la Argentina contaba con un poderoso movimiento de masas, era necesario diseñar una estrategia socialista que no desdeñara incluir la utilización del recurso electoral.

La construcción de una nueva identidad política

Argumentaciones del tipo arriba mencionado muestran hasta qué punto pro peronismo y “cubanismo” se articulaban en el pensamiento y en la estrategia de la *izquierda socialista*, ya que el Frente con el peronismo era visto como la piedra angular de un proyecto que se integraría a la ola revolucionaria continental, cuyo su centro y fuente de inspiración estaban en Cuba.

La revista *Che*, que por entonces era el principal vocero del “cubanismo” en el país, a partir de la invasión que la CIA comandó sobre la Isla, reinstaló el tema con más fuerza aún y llenó sus páginas con crónicas y entrevistas remitidas por sus enviados, proclamas del gobierno revolucionario, atractivos titulares y grandes fotografías del Ejército Rebelde y de las Milicias Populares. La revista, que había nacido con el propósito de crear un ámbito para el acuerdo entre las izquierdas, ahora se reafirmaba en la convicción de que el punto nodal de ese acuerdo radicaba en la posición que se adoptara frente a Cuba y, consecuentemente, trazaba una línea que recorría transversalmente a los partidos, incluidos los de izquierda. Como expresión del campo del “fidelismo”, las páginas de *Che* se abrían a la opinión de intelectuales y dirigentes de diversos orígenes políticos que, no sólo se

pronunciaban en favor de la Revolución -y en contra del “imperialismo norteamericano”- sino que además, encontraban en ella la inspiración adecuada para resolver los problemas nacionales: así lo decían desde el sacerdote Hernán Benítez hasta Ezequiel Martínez Estrada o el radical Santiago del Castillo. Además, en esas y otras notas ya era posible advertir la presencia de varios de los temas que comenzaban a ocupar el centro de los debates en los ambientes politizados, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el papel asignable a los mecanismos electorales y a la democracia “formal”, el “carácter” de la revolución, sus “etapas” y el papel de la “burguesía nacional”, temas que también tenían presencia en otras publicaciones de la época como *El Popular*, donde escribían intelectuales de orientación nacionalista popular y revolucionaria -Ismael Viñas, Alicia Eguren y John W. Cooke, entre otros-, o *Cuadernos de Cultura* y *Nueva Era* -que expresaban al comunismo.

Pero, dentro del PSA, importantes sectores –aún siendo fervientes defensores de la Revolución- no compartían ese tipo de perspectivas, y se resistían a homologar sin más a los campesinos cubanos con el proletariado argentino; más aún, no veían posibilidad de éxito a ninguna empresa política que intentara replicar a la “vanguardista” experiencia caribeña en nuestro país. Por otra parte, y aún reconociéndoles un papel pionero en América, no estaban dispuestos a que los temas “cubanos” se convirtieran en el norte de las iniciativas políticas de carácter nacional, y menos aún, a que en su nombre se borrarán fronteras e identidades partidarias. Además, a muchos militantes y dirigentes –incluidos Palacios y Moreau- les disgustaba el creciente acercamiento de Cuba a la URSS y, desde hacía cierto tiempo venían tomando distancia respecto de la “justicia revolucionaria” – sobre todo en el tema de los fusilamientos a opositores.

A raíz de la invasión, exitosamente repelida por los cubanos, un enorme fervor se apoderó de las izquierdas; sobre todo entre su militancia más joven crecía la admiración por el pueblo cubano y “su vanguardia”, y se redoblaban las actividades de solidaridad. Las JJSS, junto con la FJC y otras juventudes políticas, fueron activas gestoras de múltiples iniciativas que rápidamente cristalizaron en la constitución del CONOJ (Comité Nacional de Organizaciones Juveniles); este organismo, en consonancia con el Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista recientemente reunido en Montevideo,

promovía el apoyo a Cuba y, entre sus propósitos, incluía el de crear “brigadas internacionales” en caso de que la invasión se prolongara o se repitiera.

Para la *izquierda* socialista, organismos como éste constituían importantes ámbitos de reclutamiento y para muchos jóvenes sin experiencia política previa, esas actividades fueron la ocasión que facilitó su ingreso a la militancia; para otros, que ya tenían alguna trayectoria, fueron el nexo con grupos que portaban un discurso decididamente revolucionario: un caso frecuente fue el de los jóvenes que abandonaban las filas del frondismo o el de algunos que hacían lo propio con la FJC, al sentirse atraídos por la posición socialista, más favorable a la lucha armada. También en este período, para muchos de ellos, comenzó a existir la posibilidad de viajar a la Isla y entrar en contacto con la “revolución”, sea por tareas solidarias o por cursos de formación política e instrucción militar, y según testimonios, “volvían fascinados” de Cuba. Muy frecuentemente, estos jóvenes, transformaban en identificación la admiración que les despertaban los también jóvenes “comandantes” y, podría decirse que en gran medida pasaron a considerarlos como su verdadera y real dirección política, con lo cual acentuaron el movimiento de deslegitimación que ya sufrían sus propias dirigencias partidarias.

Junto con la multiplicación de esos viajes, la presencia de algunos cubanos en ciertos grupos y círculos vinculados a los partidos, ponía en guardia a las direcciones. En el caso de los socialistas, esto agregaba tirantez a la relación de los *moderados* con la *izquierda*, aunque las exigencias de la “solidaridad” con la Revolución, obligaban a unos y otros a no ventilar públicamente esas diferencias ya que, el PSA era visto como el “más cubanista” de los partidos argentinos: con ese perfil, Palacios había ganado las elecciones y el Partido estaba teniendo una renovada afluencia de jóvenes a sus filas.

Medido en términos de las relaciones internas, el movimiento pro cubano fortalecía a la *izquierda*, y por eso mismo, tensaba las relaciones partidarias ya que en esas actividades los jóvenes “escapaban” de los controles partidarios pues circulaban por otros ambientes y se autonomizaban, generando sus propias relaciones políticas. Si bien la falta de contornos organizativos precisos y la fluidez de los intercambios que se producían en esos ámbitos hacen difícil reconstruir aquellas experiencias, diversos testimonios hablan de relaciones, iniciativas e ideas que, a la manera de una verdadera red, ligaban a grupos socialistas, comunistas, trotskistas, peronistas y nacionalistas entre sí y con Cuba: desde los

periodistas vinculados a Prensa Latina y los vínculos con emisarios de Ernesto Guevara y John W. Cooke, hasta las actividades del anarquista español Abraham Guillén, las múltiples acciones de solidaridad y propaganda y la realización de los viajes –mediante las llamadas “becas cubanas”-. Si bien el epicentro de esas actividades puede situarse en grandes ciudades, como Buenos Aires, Córdoba y Rosario, también alcanzaban a otras como Tucumán, Salta y Neuquén, además del Gran Buenos Aires.

Dentro de esta trama, los socialistas de *izquierda* construyeron gran parte de un poder que luego harían valer dentro del Partido ya que, eran ellos, quienes circulaban –y reclutaban- en ese ambiente en plena expansión y efervescencia, en el que los “viejos” casi no tenían presencia. Pero, a la vez, la pertenencia al partido en el que militaba Palacios les proporcionaba a ellos un capital político y unos recursos organizativos que podían hacer valer en el incipiente campo de la “nueva izquierda”.

Este segundo crecimiento de la Juventud del PSA –el primero había sido en 1955-56- parece haberse debido, sobre todo, a su carácter de principal propagandista de la Revolución Cubana y al hecho de haberse desprendido de la imagen “gorila” que hasta hacía poco había perseguido al Socialismo. La confluencia de estos dos rasgos, que les permitía unir lo popular y lo revolucionario en su discurso, resultaba muy atractiva tanto para jóvenes con formación de izquierda como para los que carecían de ella; muchos de estos últimos, originarios de sectores que muy recientemente habían tenido la experiencia del ascenso social, accedían por primera vez a los círculos políticos e intelectuales de clase media que, por su parte, estaban en pleno proceso de “modernización”; en ese nuevo ambiente, la combinación de brillo intelectual y compromiso político resultó ser un atractivo adicional que permitía, además, dejar atrás un mundo culturalmente más chato y tradicionalista. Frente a otras opciones políticas de izquierda, el PSA parece haber despertado un interés especial derivado de su carácter “abierto y ecléctico”, si se lo compara con el estilo más ortodoxo y disciplinado del PC.

Este desarrollo, considerablemente autónomo respecto de la estructura del Partido, no podía sino generar tensiones; la vida partidaria, pese a la renovación del discurso que siguió a la ruptura de 1958, no innovaba demasiado respecto del tradicional estilo socialista con eje en los centros, en las actividades internas de la organización –elecciones, congresos- y en las tareas proselitistas en períodos electorales. En contraste, los

contingentes juveniles que desarrollaban el grueso de su actividad en “frentes” ajenos a lo barrial, se abrían a otros grupos y entraban en contacto con otras ideas. De esa manera, había conseguido romper el aislamiento en que había quedado encerrado el Socialismo y habían logrado que PSA tuviera un lugar en el campo de la izquierda -e incluso que cosechara algunos éxitos electorales-. De esta manera, los dirigentes juveniles de *izquierda*, construyeron un prestigio que no podía sino impactar y despertar resistencias en el Partido y despertar resistencias ante la posibilidad de que se invirtieran las relaciones de fuerza vigentes y fuera puesta en duda la preeminencia de los *moderados*. Si bien las tensiones siempre habían existido y no habían faltado las despectivas alusiones al “partido de los universitarios”, ahora los *moderados* hablaban más claramente de la existencia de “un partido dentro del Partido” y veían con verdadera preocupación cómo el liderazgo de los jóvenes izquierdistas se asentaba en muchos centros de la Capital, del Gran Buenos Aires - y también en algunos del interior del país.

En el ámbito gremial, la *izquierda* -que tenía escasas fuerzas propias- tendía a privilegiar los contactos con los “duros” de las “62” - Sebastián Borro, Jorge Di Pasquale o Juan Jonch, cercanos a Cooke. Apoyaban las acciones de la “resistencia peronista”, pues en ella veían la chispa que permitiría desatar el potencial revolucionario de la clase obrera; lejos de intentar “reeducar” a los trabajadores, alejándolos de su identidad peronista, entendían que ésta correspondía a una etapa de su desarrollo; la clase obrera sólo podría acceder a un estadio superior, si la izquierda se decidía a “ir” hacia ellos y contribuía a su “revolucionarización”. En la colaboración con la “resistencia”, además de los vínculos “operativos” establecidos por algunos dirigentes, tuvieron un importante papel los abogados socialistas que fueron activos defensores de los “presos conintes” -entre ellos Enrique Hidalgo, Ricardo Monners Sans, Roberto Pastorino y el mismo Palacios-, y también las campañas de denuncia encaradas por *LV* y otras publicaciones socialistas.

Pero, tal como ha sido señalado por diversos autores hacia 1961-1962, las posibilidades de ese sector para incidir en el conjunto del sindicalismo peronista se estaban reduciendo ya que, si bien los gremios intensificaban su presencia en el escenario nacional, más que provocar enfrentamientos disruptivos, presionaban al gobierno por decisiones que aminoraran los efectos de la “racionalización capitalista” que, a nivel de las relaciones laborales, los había puesto a la defensiva (J. C. Torre, 2004). En consecuencia el discurso

de los “duros” -al que *izquierda socialista* se asociaba- ya no contaba con el respaldado de movilizaciones masivas, como en 1959, y tendía a cumplir una función más bien retórica. Y si bien en algunos casos, como el de la larga huelga ferroviaria de fines de 1961, el conflicto gremial dio lugar a violentas protestas, ello no alcanzó para alterar la tendencia general. Las diatribas de la *izquierda socialista* y peronista contra los dirigentes a los que consideraba ganados por el “integracionismo”, no hacen sino mostrar los obstáculos con que tropezaba la instrumentación de una línea insurreccionalista en el mundo de los trabajadores, cuando en el plano sindical se estaba completando la “normalización” y en el político-electoral se avanzaba hacia alguna forma de legalización del peronismo. Sin embargo, pensaban que ninguna de las soluciones instrumentadas por el “sistema” daría satisfacción a la clase obrera ni impediría que su potencial revolucionario finalmente se expresara, sea por la “vía insurreccional” o mediante la construcción de una vanguardia político-militar –posición a la que arribarían algunos a raíz de que la primera opción no parecía presentarse como consecuencia directa y espontánea de una huelga general ni de la inorgánica “resistencia” peronista.

La búsqueda del Frente con el peronismo

Dentro del ciclo electoral escalonado que había comenzado en febrero, las elecciones que se celebrarían en diciembre en Santa Fe adquirirían el carácter de un verdadero “experimento” ya que eran las primeras que se realizarían en una provincia importante, con la participación del peronismo; además, serían el antecedente inmediato de las de marzo de 1962, cuando un gran número de distritos elegiría gobernadores y legisladores que renovarían parcialmente la Cámara de Diputados de la Nación, y cuyo punto más sensible se encontraría en la Provincia de Buenos Aires –que concentraba casi al 40% del electorado del país. Por eso, los resultados de Santa Fe, le indicarían al gobierno la conveniencia, o no, de continuar con la política de legalización del peronismo que, por su parte, aprovechando la mayor disposición del gobierno a autorizar su concurrencia, fue variando su conducta electoral: mientras en la primera mitad del año había oscilado entre el voto al oficialismo o la opción por frentes de izquierda, durante los meses siguientes acentuó la tendencia a orientarse hacia los neoperonismos. Esta nueva conducta electoral era particularmente importante en distritos de fuerte composición obrera, como Santa Fe y Buenos Aires, donde

el peso del poder sindical de las “62” –en la que predominaban los “duros”- reducía el espacio de los “políticos” y hasta lograba condicionar al mismo Perón a la hora de decidir candidaturas, y la misma decisión sobre la concurrencia.

En esta etapa, la estrategia del gobierno consistía en intentar convertir a la UCRI en el polo aglutinante de la opinión antiperonista, disputando esa porción del electorado a la UCRP, pero sobre todo, esperaba que derrotando al peronismo en las urnas, quedaría posicionado como el más expectante de los partidos en vistas a las presidenciales de 1964. Los estrategas del frondizismo basaban sus optimistas expectativas en que, autorizando a los “neoperonismos”, favorecerían las disputas entre dirigentes y, eventualmente, la fragmentación del voto peronista. Por otra parte, buscando el mismo objetivo, el gobierno alimentaba la incertidumbre postergando la decisión hasta los días previos a los comicios (C. Smulovitz, 1988). De esa manera, la situación misma impulsaba al peronismo a la búsqueda de acuerdos -y por lo tanto, de compromisos- con otras fuerzas políticas, para el caso en que la proscripción no fuera levantada; a la vez, esto mismo potenciaba las diferencias internas ya que, unos se inclinaban por acercarse a conservadores y demócrata-cristianos, mientras que otros tendían a hacerlo con las fuerzas de izquierda. Así, paradójicamente, las “maniobras” confusionistas de Frondizi servían para clarificar posiciones dentro de un Movimiento en el que la búsqueda de posibles aliados, era indicativa del sesgo ideológico-político de cada grupo o dirigente.

Mirada desde el punto de vista de las fuerzas de izquierda, la posible concurrencia del peronismo con candidatos propios, cambiaba bastante drásticamente su posición e importancia relativa en la arena electoral, ya que disminuía las posibilidades de construir un Frente con él. En el caso de los socialistas, que hacia allí habían orientado todos sus planes, esto era evidente; ellos habían logrado cierta proyección política sobre la base de la posesión de una estructura legal, desde la cual habían sabido tender un puente a los “proscriptos”; mientras permaneció unido, el PSA pudo ofrecerse como “canal legal”, estrategia que, en ocasiones, le resultó exitosa. Pero luego, ante la proximidad de las elecciones de Santa Fe, donde el PC era la principal fuerza de izquierda, las diferencias entre *moderados* e *izquierdistas*, pasaron a primer plano cuando éstos, resueltos a construir el Frente, iniciaron conversaciones con los comunistas sin la anuencia de los primeros. Poco más adelante, ya dividido el Partido, el PSA-Secretaría Tieffenberg (luego PSA “de

Vanguardia”), en el congreso celebrado en Córdoba a fines de septiembre de 1961, para mostrar su decisión de “entroncar” con el “movimiento popular”, llegó a “abrir” sus propias listas electorales para facilitar la conformación de un Frente con candidatos peronistas; de esa manera, enviaba un mensaje de unidad al peronismo -en especial a su “línea dura”-, y otro a los comunistas con quienes, en este punto, mantenía diferencias. Para los “vanguardistas”, el sacrificio de las propias candidaturas obedecía a la convicción de que era necesario que el “movimiento nacional” pudiera expresarse políticamente y en asociación con fuerzas de izquierda para así facilitar la radicalización de su original antiimperialismo hasta hacerlo coincidir con objetivos propiamente socialistas. En tal sentido, no tenían dudas acerca de que, cualquier política realista debía partir del reconocimiento de la identidad política de los trabajadores y de que la tarea de la izquierda consistía en articular con el peronismo en un Frente de Liberación, dándole un lugar de preeminencia; desde el punto de vista socialista, proceder de otro modo equivalía a persistir en fórmulas que buscaban la “desperonización” o a apostar -aunque secretamente- a la fractura del peronismo, con la vaga esperanza de unirse después a su ala izquierda. Ellos confiaban en que, si tomaba contacto con la izquierda, en la masa peronista se generarían “reflejos de mayor autonomía” respecto de sus direcciones “burocratizadas”, y por eso, ambicionaban trabajar con “todo el peronismo”, en la seguridad de que no tardaría en producirse una “crisis en la conciencia burguesa de los obreros”. En consecuencia, sus expectativas no se orientaban centralmente hacia el crecimiento de la propia estructura partidaria -mediante un hipotético ingreso de peronistas reconvertidos-, sino hacia la creación de una nueva fuerza que surgiría de la “fusión” de la izquierda con el peronismo, según el modelo cubano de las ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas): un Frente de Liberación, que según Alexis Latendorf, se integraría al “gran movimiento revolucionario latinoamericano en marcha”.

Tal vez, algunas de las claves que permiten entender la centralidad adquirida por este punto de vista se encuentren en ciertas frases del Documento de Córdoba, en el que una y otra vez, los “vanguardistas” vuelven sobre el tema del “fracaso histórico” de la izquierda en la Argentina; una de las más significativas es aquella en la que, haciéndose cargo de la ajenidad de la izquierda respecto de la identidad de los trabajadores, afirman que el PSA “*no se resigna* a permanecer marginado de la realidad de las masas que se

expresan en el peronismo”; el Socialismo de Vanguardia manifestaba así su voluntad de poner fin al “desencuentro”, y a la par que anunciaba el nacimiento de una “nueva izquierda”, consideraba que con su gesto “toda la izquierda argentina contesta al impacto del peronismo y *se autocrítica*” (las cursivas son mías).

Este empeño por conectar con el peronismo lo llevaría no sólo a profundizar la ruptura con el “pasado liberal” sino, también, a hacer denodados esfuerzos por ser aceptado por el peronismo, y así redimirse de la “culpa” que pesaba sobre toda la izquierda. En esa búsqueda, el discurso y la estrategia que elaboró, muchas veces lo colocó ante el riesgo que ya había sido entrevisto por uno de sus hombres cuando advirtió al PSA sobre la posibilidad de ceder a la tentación de “mudarse de la Revolución Libertadora al peronismo”. En tal sentido, muchas veces la páginas de *LV “roja”* así como las de la segunda etapa de *Che* ilustran sobre ese riesgo, sobre todo cuando justifican ante sus bases decisiones políticas tan audaces como la de ofrecer sus listas electorales a los candidatos del peronismo. El deslizamiento en las argumentaciones puede apreciarse tanto en las notas de opinión y en los titulares como en el tono de las entrevistas a militantes del peronismo, sean “presos conintes” -como Carlos A. Burgos o Margarita de Ahumada- o dirigentes sindicales como Jorge Di Pasquale y Lorenzo Pepe. Particularmente en este último caso, no puede sino sorprender la actitud pasiva con que la *LV* recibe las palabras del dirigente ferroviario que, desde una innegable posición de superioridad política, “explica” al reportero la importancia histórica del peronismo sin privarse de descargar las más duras críticas sobre la izquierda, y remata elogiando a los “jóvenes socialistas” porque han comenzado a “hablar en criollo”.

Contrastando con esta actitud, en la otra franja de la izquierda, la del PC, aunque también se buscaban acuerdos con el peronismo, no se compartía este tipo de expresiones pro-peronistas y, menos aún, se resignaba la propia autonomía en la búsqueda de la “unidad”. Por eso, en el plano político-electoral, los comunistas trataban de asegurar su presencia reforzando la estrategia de apoyarse en los “partidos amigos” que, cumpliendo una función análoga a la de los neoperonismos, les permitían enfrentar la propia proscripción. Mientras tanto, A. Iturbe -Secretario del CCS- conversaba con unos y con otros, y amenazaba al gobierno con un eventual vuelco hacia la izquierda y, sobre todo, intentaba que su Movimiento llegara unificado a las elecciones de Santa Fe; dentro del

peronismo, Iturbe representaba al sector que mantenía buen diálogo con los comunistas y con el candidato que ellos propiciaban -el ex Vicepresidente Alejandro Gómez-, mientras que la perspectiva más cercana a la de los socialistas era la que alentaban los dirigentes de la incipiente izquierda que, orientada por John W. Cooke, propiciaba la creación de un Frente de Liberación con eje en el peronismo. Como parte de esa estrategia, Cooke convocaba insistentemente e infructuosamente a Perón para que se instalara en La Habana y redefiniera a su Movimiento como una “fuerza de izquierda”: en relación con ese proyecto, es posible comprender no sólo los acuerdos que los “vanguardistas” mantenían con el “cookismo”, sino también la existencia de contactos directos entre algunos dirigentes socialistas, como David Tieffenberg -Secretario del Partido- y el mismo Perón.

Finalmente, tanto el peronismo como el “fidelismo” concurren divididos, y la UCRI ganó las elecciones; una de las fórmulas peronistas recibió el apoyo de los “vanguardistas” y de otros grupos menores de la izquierda, mientras que el PC, participó a través del Partido del Trabajo y el Pueblo -uno de sus partidos “amigos”-, postulando al ex vice- presidente A. Gómez, mientras que el PSA “Casa del Pueblo”, presentó la fórmula Visconti-Cles.

Las elecciones de la provincia de Buenos Aires y la insurrección que no fue

Después de lo ocurrido en Santa Fe, la decisión socialista de mantener “abiertas” las listas carecía ya del impacto que había provocado antes de las elecciones; ahora, en realidad, aparecía como una opción de segundo orden, ya que sólo podría tener utilidad en caso de que el gobierno retomara el camino de la proscripción; pero si como todo parecía indicarlo, la tendencia a la legalización se mantenía, no sería más que un gesto anticipatorio del voto por el peronismo.

En la provincia de Buenos Aires, las elucubraciones pre-electorales de los socialistas de vanguardia, como las de todo el arco político, giraban en torno a los debates internos del peronismo, donde no estaba claro si se optaría por la concurrencia o por alguna forma de autoproscripción. Según R. Potash (1985), Perón consideraba que era mejor evitar la concurrencia ya que un triunfo implicaría la posibilidad cierta de golpe de estado y, en tal caso, un nuevo gobierno militar echaría por tierra los avances logrados por su Movimiento, sobre todo en el plano de las conquistas sindicales; además, en vistas de los recientes

resultados de Santa Fe, Perón no descartaba que el Frente Justicialista pudiera ser derrotado en la provincia de Buenos Aires: en cualquiera de los dos casos, su Movimiento vería cerrada toda posibilidad electoral para los comicios presidenciales de 1964.

Sin embargo, en el peronismo predominaba una fuerte voluntad concurrencista al punto que, a fines de enero, aún cuando no había certeza sobre cuál sería la posición del Jefe del Movimiento, ya circulaban nombres de posibles candidatos, nominados unos por los “políticos” y otros por los “sindicalistas”. En medio de las innumerables versiones que rodearon a esta elección, *LV “roja”* entró de lleno en la puja interna del peronismo, tomando partido por el candidato apoyado por las “62”: con un lenguaje típicamente peronista -sembrado de acusaciones de “traición”-, el periódico estigmatizó la posible candidatura de Atilio Bramuglia -apoyada desde el CCS- y defendió la de Oscar Bidegain, apadrinada por Vandor.

Siendo ésta la situación, Perón no tuvo otra salida que nominar candidatos: cuando una delegación de sindicalistas encabezada por Vandor –a quien acompañaban José Alonso, Amado Olmos y Roberto García- viajó a Madrid, aún sabiendo que un triunfo no podría sino ser efímero, Perón cedió. En este hecho, algunos autores han visto el episodio inaugural del “vadorismo”, ya que aún contra la opinión del líder, los gremialistas lograron su objetivo, decididos como estaban, a constituirse en los únicos interlocutores peronistas del gobierno y exclusivos administradores del capital electoral del Movimiento - en desmedro de los “políticos”. De todas maneras, Perón parece haber hecho un último intento tendiente a evitar la concurrencia: en el momento de nominar a los candidatos, hizo que la Unión Popular (UP) presentara la fórmula Framini-Perón -además ubicarse como primer candidato por la Capital. Esta “provocadora” decisión parece haber sido un recurso destinado a que la inevitable proscripción de su nombre arrastrara la de todo el peronismo, aunque también se ha especulado con que, sabiendo que él era el único factor indiscutido de unidad, haya querido evitar el riesgo de una eventual fractura y derrota de su Movimiento - como había ocurrido en diciembre, en Santa Fe.

Cuando efectivamente el gobierno anunció la prohibición de la candidatura de Perón – aunque no la de la UP-, se abrió una nueva ronda de versiones hasta que, el 21 de febrero, a menos de un mes de la elección, Framini anunció que él encabezaría la fórmula acompañado por Francisco Anglada. De todos modos, hasta pocos días antes del comicio,

se especuló con la siempre posible proscripción e incluso circuló la versión de una supuesta sugerencia que, en tal sentido, el mismo Framini le habría hecho al Presidente Frondizi durante una entrevista. Los socialistas de vanguardia, que hasta entonces habían mantenido sus propias listas –aunque “abiertas”–, se entusiasmaron con la candidatura de Framini porque, por primera vez, el peronismo llevaba un “candidato obrero”, y apuntaron contra los sectores “burocráticos” del Movimiento a los que acusaron de buscar un veto que evitara la concurrencia; a la vez, instaban a sus amigos de la izquierda peronista a “no postergar la pelea hasta 1964”, sino a librarla ya mismo. En refuerzo de esta opinión, y aludiendo de manera oblicua a Perón, comparaban esta coyuntura con la de 1955: en ambas habría existido la posibilidad de optar entre “renunciar a la pelea” o aceptarla como parte del enfrentamiento entre “pueblo y oligarquía”.

Hacia fines de febrero, sin que se hubiese llegado a ningún acuerdo con el peronismo, el PSAV, MNyP, MPA, MLN, PC y PSP anunciaron que, en caso de concurrir el peronismo, “se abstendrían para apoyarlo”. En cambio el PC, si bien no quiso repetir el “error” de Santa Fe, y llamó a votar por el peronismo, no resignó totalmente su presencia: sólo apoyaría la fórmula Framini- Anglada, mientras que para los cargos legislativos presentaría sus propias listas a través de UyP (Unidad y Progreso) y del MPA, en Provincia y Capital respectivamente.

El PSAV, además de retirar sus listas, acordó con la dirigencia peronista la organización conjunta de la propaganda preelectoral en la Provincia. Durante las semanas previas a las elecciones, la *LV “roja”* se volcó plenamente a esa tarea e hizo un verdadero despliegue propagandístico de los núcleos argumentales contenidos en la Declaración de su reciente congreso de Córdoba; el periódico muestra con toda claridad que las expectativas “vanguardistas” estaban puestas en que se produjera una secuencia que, comenzando por el triunfo del peronismo, seguiría con una reacción militar y culminaría con alguna forma de alzamiento popular –dentro del cual, ellos podrían potenciar su papel de “polo revolucionario”. La previsión de semejante cadena de acontecimientos –sobre todo su fase final– se asentaba en la certeza de que la candidatura de Framini expresaba el triunfo de la “línea obrera” dentro del peronismo, lo cual implicaba que el “movimiento popular” había triunfado “sobre sus propias limitaciones”. Con semejante convicción, cubrieron la

Provincia y la Capital con consignas que, en apoyo a la fórmula peronista, anunciaban “se viene... se viene...” y amenazaban con “un nuevo 17 de octubre”.

En esos días, como nunca antes, el PSAV se acercó discursiva y políticamente al peronismo: reconoció que el Justicialismo era quien ejercía la representación de las masas populares -“aunque no todos sus hombres de dirección expresan la rebeldía del pueblo”-, y justificó su decisión electoral en la necesidad de contribuir a la “unidad del proletariado”, evitar la división de las fuerzas populares y, sobre todo, no volver a enfrentarse con el “movimiento popular”. Afirmaciones como éstas, si bien implican en sí mismas un espectacular viraje en la tradición socialista, adquieren mayor significación aún cuando se leen los impactantes titulares con que la *LV “roja”* anunciaba -con grandes letras rojas- “EL 18 OTRO 17”, junto a boletas de la U P y fotografías del 17 de octubre de 1945. En medio de semejante ola de entusiasmo pro-peronista, prácticamente toda la edición previa al día de las elecciones estuvo dedicada a glosar la Declaración mediante la cual el CN había fijado la posición partidaria. Una de las notas -firmada por Elías Semán-, justificaba la decisión en el hecho de que el PSAV, en tanto “organización marxista leninista”, habría comprendido que los partidos reflejaban la presencia antagónica de las clases y no la mera opinión política de los ciudadanos; por no haberlo entendido así, el 17 de octubre de 1945, la izquierda “tradicional” había enfrentado al “movimiento nacional”, privándose de incidir en su rumbo y dejándolo amarrado a una “conducción burguesa”; en cambio, el 18 de marzo de 1962, la “nueva” izquierda mostraría haber aprendido al adoptar la “única decisión racional”, la de votar por los candidatos peronistas; Semán completaba el razonamiento afirmando que en la Argentina, el ascenso de la ola revolucionaria estaba ligado a la fuerza que las masas adquirieran “en el seno de su Movimiento”. Sin embargo, el autor encendía un alerta: conciente de la encrucijada en la que se encontraba la izquierda -permanecer ajena al movimiento popular o quedar subsumida en él-, insistía en el papel que debía desempeñar la “ideología de izquierda” y, por eso, destacaba la necesidad de mantener la “independencia” del Partido.

En medio de ese clima, el PSAV decidió retirar sus listas también en la Capital y colaborar con la campaña de la UP, aportando fiscales para las mesas electorales y participando de su acto de cierre de campaña; según la crónica, a dicho acto -realizado el día 15 en Mataderos-, los socialistas llegaron “en manifestación” y portando sus propias

banderas, siendo “aplaudidos por la inmensa concurrencia”. Junto con el pronunciamiento del Socialismo de Vanguardia, en los días previos al comicio, se asistió a una verdadera proliferación de adhesiones que, desde el campo de la izquierda, llamaban a votar por Framini-Anglada; entre ellas, llama la atención una solicitada firmada por gran número de dirigentes universitarios que, entusiastas y osados, afirman que el 18 de marzo “el pueblo quebrará a los enemigos internos que no podrán impedir su avance como embrión del futuro EJÉRCITO DE LIBERACIÓN NACIONAL” (mayúsculas en el original). Debido al tono que adquiriría la campaña, el gobierno advirtió al Frente Justicialista y a sus “aliados”, que estaban haciendo “peligrar el orden de la República”, y el ministro Vítolo declaró que, a través de la UP y su candidatura “clasista”, se estaba formando “un frente marxista”, tal como lo mostraba el apoyo que recibía de parte de las organizaciones de izquierda; según el ministro, habiendo fracasado en su plan de sumar al peronismo a la “izquierda revolucionaria”, las fuerzas “marxistas” estaban intentando un nuevo tipo de frente con el objetivo de “hacer del peronismo una fuerza comunista en el futuro”.

Cuando el 19 de marzo se supo que el peronismo se había impuesto en la Provincia de Buenos Aires -y en la mayor parte del país-, el arco político se tensó ante unos resultados que, de ser aceptados, modificarían sustancialmente las bases del “juego” en el que se asentaba el sistema político argentino desde 1955, y la crisis política se precipitó. Fueron intervenidas cinco de las ocho provincias ganadas por el peronismo -Buenos Aires, Chaco, Río Negro, Santiago del Estero y Tucumán-, medida justificada con el argumento de que esas autoridades no estaban en condiciones de “contener el vasto proceso de subversión en marcha” evidenciado por las consignas y el apoyo que los ganadores habían recibido desde la izquierda. Finalmente, el 29 de marzo, el presidente Frondizi fue desplazado, mientras el Ejército patrullaba las calles y ponía bajo vigilancia militar los puentes de acceso a la Capital, ante el temor de una oleada popular sobre la ciudad.

Sin embargo, nada de eso ocurrió, y del peronismo no surgieron llamados para resistir activamente la anulación del triunfo; por el contrario, Framini formuló declaraciones tendientes a apaciguar el frente militar y a desestimar el apoyo recibido desde la izquierda, afirmando que “el peronismo no está consustanciado con el comunismo o castrismo”, “ideologías extrañas” a la esencia nacional y contrapuestas a la “doctrina humanista y de

profundo contenido cristiano” del peronismo. Por su parte, los sindicatos peronistas no fueron más allá de la realización de un paro realizado el día 23; la medida, que no fue apoyada por la CGT, había sido impulsada por el MUCS y, según *LN*, respondía al intento de desatar una “huelga revolucionaria”; sin embargo, la CGT, lejos de semejante posición, el 28 de marzo -un día antes de la caída del gobierno- hacía gala de gran moderación y afirmaba que no saldría a “pelear porque sí”, sino que sólo lo haría en “defensa de los derechos de los trabajadores y sus organizaciones”.

Fracasado el experimento frondizista -tanto en su faz “integradora” como en su intento de vencer al peronismo en las urnas-, el sistema político comenzó a girar en torno de la búsqueda de otra “fórmula” capaz de canalizar al peronismo; el nuevo intento apuntaría a lograr una participación política dosificada, que sería garantizada mediante la integración del peronismo en un frente electoral de centro-derecha junto a la UCRI, la Democracia Cristiana y los conservadores. La iniciativa, que contaba con el acuerdo de Frondizi y aspiraba a contar con el de Perón, encontró importante acogida dentro del peronismo y terminó por descolocar a la izquierda que, vanamente, había esperado un alzamiento después del 18 de marzo.

Después de marzo de 1962

Pese a la innegable frustración producida por el rumbo que habían tomado los acontecimientos, el PSAV reivindicó su decisión de haber acompañado “la posibilidad del triunfo popular”, pues pese a que la “sombria perspectiva golpista” se había concretado, la experiencia vivida mostraría a las masas que sería imposible su acceso al poder mediante los instrumentos “deificados por la burguesía”. Desde el punto de vista “vanguardista”, con la denegación del triunfo popular, el país entraba en una etapa de confrontación entre “dos legalidades”, durante la cual las masas aprenderían a orientar su lucha hacia la “legalidad de la liberación” en lugar de buscar su inclusión en el “sistema”; ellas completarían ese aprendizaje cuando comprendieran que, al haber quebrantado su propia legalidad, la burguesía había anulado la “vía pacífica” e inaugurado el tiempo de la “vigilancia armada”. A partir de este análisis, el Socialismo de Vanguardia, se abocó a la doble tarea de sostener su presencia política dentro de los marcos de la legalidad y, a la vez, dotarse de una estructura apta para actuar en condiciones de ilegalidad. Al decir de Juan Carlos Marín, la

cuestión crucial pasaba por determinar si en el país aún había –o, ya no- condiciones para la lucha legal; para algunos, lo ocurrido no sólo confirmaba la imposibilidad de la “vía pacífica” sino que conducía a imaginar un futuro revolucionario cada vez más ligado a la existencia de una “vanguardia” que acelerara la maduración de las “condiciones objetivas” que a alzamientos derivados del movimiento huelguístico de los trabajadores. Sin embargo, otros importantes dirigentes como A. Latendorf, seguirán apostando principalmente a la maduración revolucionaria del peronismo, convencidos de que era necesario “atravesar” una etapa que incluyera su reinserción política –y el propio retorno de Perón

Así, el PSAV, al mismo tiempo que hacía oír su protesta porque se impedía asumir a los gobernadores y diputados recientemente electos, en otro plano, intentaría transformar la propia estructura partidaria basada en los “centros” por otra de tipo “celular”; a la vez, estrechaba los lazos con los “comandos” de la resistencia, enviaba militantes a Cuba y trataba de poner en pie sus propias “organizaciones de combate”. Su discurso comenzó a registrar cambios: después de que los sucesos de marzo de 1962 desmintieran sus previsiones, se observa una paulatina pérdida de los aspectos más vivaces y dúctiles que lo habían caracterizado en el plano del análisis político; la frescura y la osadía del lenguaje “vanguardista” comenzaron a ser sustituidas por un tono crecientemente doctrinario; muchas veces, el registro y el análisis de la realidad cedían ante las fórmulas teóricas, mientras que en otras, la profusión de argumentos y justificaciones parecía destinada a cubrir la distancia entre una realidad cada vez menos promisorio y la línea partidaria: en tal sentido, no deja de asombrar la elaboración de una llamativa “teoría del cerco” que, tempranamente, cumplió la función de justificar aquellos comportamientos políticos de Perón que no coincidían con la línea del PSAV o que desmentían el supuesto “giro a la izquierda” del peronismo.

3- La línea cubana y el mundo de la “nueva izquierda”

La *izquierda socialista*, tenía una larga relación de simpatía y solidaridad con los revolucionarios cubanos, desde mucho antes del triunfo de la Revolución; después de la división partidaria de 1958, la constitución del PSA favoreció el fortalecimiento de ese vínculo, de modo que la multiplicación de contactos, visitas y estadías en la Isla, amplificó el impacto que la Revolución ya tenía sobre su militancia.

Uno de los más asiduos viajeros fue el dirigente juvenil Elías Semán quien, durante una prolongada permanencia en Cuba -entre fines de 1960 y principios de 1961-, fue testigo de la aceleración del proceso revolucionario y de su definición socialista. Durante ese período, la radicalidad de las medidas y el acercamiento con la URSS, aumentaron la hostilidad de los EEUU al punto que, desde los últimos meses de 1960, Cuba vivía con el temor de una inminente invasión que, finalmente, se produjo en abril de 1961; cuando a los pocos días el ataque fue repelido, un extraordinario entusiasmo se expandió en las izquierdas latinoamericanas, aumentando aún más el prestigio de los jóvenes “comandantes”. En medio de tan particular clima, en La Habana, la revista *Verde Olivo* había publicado un trabajo de Ernesto Guevara, “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?”, en el que abordaba el crucial tema de los alcances -o ejemplaridad- del “caso” cubano para América latina. Si bien el “Che” admitía que la estrategia fundada en el “foco” rural presentaba alguna dificultad adicional en países que habían alcanzado cierto grado de desarrollo industrial y concentración urbana, afirmaba que aún en ellos, era necesario contar con un sólido asentamiento guerrillero que, en el campo, actuara como fuente y sostén de las actividades y del espíritu revolucionario. A su juicio, en esos países – entre los que indudablemente estaba la Argentina-, el “escollo” residía en que la lucha de masas “organizada pacíficamente” había adquirido un peso considerable y, en consecuencia, gozaba de amplia difusión la creencia en la posibilidad de alcanzar un “cambio cualitativo” mediante el método de aumentar “progresivamente” la presencia de las fuerzas populares en los parlamentos; sin embargo, aunque consideraba que un proceso de esas características era altamente improbable, no desechaba completamente que, en algunos casos, el cambio pudiera iniciarse por la “vía electoral”.

Respaldadas por las realizaciones de la Revolución y por el extraordinario ascendiente de Guevara, estas ideas influenciaron poderosamente a toda una generación de militantes cuya acción, a la vez, modificaría sensiblemente el panorama de las izquierdas en Latinoamérica; los nuevos temas, tales como el de la subestimación del papel del “partido”, la discusión sobre las “etapas”, la insistencia en la “vía armada” y en el carácter “continental” de la lucha, componían una perspectiva que, en el campo de la izquierda, incomodaba sobre todo a los partidos comunistas. Pero, a la vez, tal heterodoxia atraía a dirigentes que provenían de otras tradiciones políticas a quienes brindaba la posibilidad de

una nueva perspectiva desde la cual pensar los respectivos procesos nacionales, tal como ocurriera con J. W. Cooke y su reinterpretación del peronismo.

En el caso de los socialistas argentinos, el punto de vista “revolucionario” fue el elemento que terminó por distanciar a los jóvenes *izquierdistas* del sector *moderado* y “reformista” del PSA; si bien ambos grupos habían podido transitar juntos el camino de salida del “gorilismo”, el equilibrio entre ellos se había roto cuando la *izquierda* entrevió la posibilidad de una estrategia de fusión con el “movimiento nacional” –que para los *moderados* implicaba una grave alteración de la tradición partidaria. Precisamente en medio de ese tumultuoso enfrentamiento, el joven Elías Semán –de regreso de la Isla- publicaba *Cuba miliciana*, verdadera síntesis del punto de vista de la *izquierda socialista*, que alcanzó gran difusión en los medios de izquierda. Prologado por Enrique Hidalgo –uno de los líderes del “vanguardismo”-, su lectura permite advertir hasta qué punto el proceso cubano proporcionaba una nueva clave para interpretar la situación nacional y buscar los caminos capaces de revolucionarla.

Sin duda, este trabajo proporciona un nuevo ángulo de lectura de la Declaración de Córdoba –verdadera acta de nacimiento del PSAV-, ya que toda ella pivotea sobre los dos mismos temas que estructuran el trabajo de Semán; uno es el del papel del “movimiento nacional” en el proceso revolucionario, que permite fundamentar la decisión de “entroncar” con el peronismo –y superar el “desencuentro histórico”-; el otro, el de la función del “partido” en el proceso revolucionario, anticipa la definición del PSAV como “organización marxista- leninista”. En el libro, se pone especial énfasis en mostrar que en Cuba, la Revolución fue posible porque se dio la confluencia del “26 de Julio” (M 26) –el “movimiento nacional”- y el Partido Socialista Popular (PSP) –el “partido obrero”-; de esa manera, Semán toma distancia respecto de quienes explicaban el desencadenamiento del proceso revolucionario enfatizando la conexión entre el “movimiento nacional” y un supuesto “espontaneísmo” de las masas; por el contrario, el autor destaca la presencia de un partido con un “programa socialista” y con una estructura adecuada para proveer a las necesidades de organización de las masas. Claro que haciendo siempre una importantísima salvedad: en el caso de Cuba, ese partido, había tenido la suficiente capacidad de “autocrítica” como para reconocer la necesidad de “sumarse” al camino revolucionario iniciado por el “movimiento nacional”.

De esta manera, *Cuba miliciana* anunciaba la “autocrítica” que poco después el PSA haría en su Córdoba “ideológico”, por sí y por toda la izquierda argentina. En términos políticos, esa revisión de la propia trayectoria se traducía en la decisión de aportar a la construcción de un Frente de Liberación que, en lo inmediato, se expresaría en la unidad político-electoral de la izquierda con el peronismo, en las elecciones de diciembre en Santa Fe; es evidente que el principal destinatario de la convocatoria “frentista”, además del peronismo, es el PC, ya que los “vanguardistas” apostaban a que una eventual reorientación revolucionaria de ese partido, permitiría alcanzar la “unidad de todos los marxistas leninistas” -lo cual, a su vez, daría mayor respaldo a un Frente de la izquierda con el peronismo.

Pero, entre este punto de vista y el del PC había diferencias insalvables: la ortodoxia comunista diferenciaba tajantemente la “etapa de la liberación nacional” de la de construcción del socialismo, e insistía en que la primera requería de un Frente que reuniera la más amplia gama posible de sectores sociales que se opusieran al imperialismo y tuvieran interés en fundar un gobierno de “amplia coalición democrática”. Por otra parte, el análisis comunista de la situación nacional, y el apego a la línea internacional propiciada por la URSS, no podían sino oponerlos a la perspectiva de abrir “focos” a lo largo del continente, tal como propiciaban el “Che” y también Cooke, quienes por otra parte sostenían que “la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa”. En el reportaje publicado por *Che*, Cooke avanzaba éste y otros temas en torno de los cuales sostenía dos importantes discusiones: una con el “reformista” PC argentino, y otra más larga y tortuosa con Perón, a quien intentaba convencer de la necesidad de definir a su movimiento como una “fuerza de izquierda”, adecuándolo a tiempos que ya no permitían la reedición de un proyecto como el de 1945. Sus diferencias con el PC quedaron plasmadas en “Aportes para una crítica del reformismo en la Argentina”, elaborado en la segunda mitad de 1961 para ser entregado a Fidel Castro y a Ernesto Guevara, que recién sería publicado en 1973; el objetivo consistía en debatir con los comunistas acerca de si, en Argentina, existían o no las “condiciones” para iniciar un proceso revolucionario, es decir sobre la relación entre estrategia insurreccional y táctica electoral. El núcleo de la crítica “cookista” apuntaba a la “errónea” política de alianzas aplicada por el PC cuando, una vez más —esta vez en Santa Fe—, había privilegiado la “unidad con los sectores progresistas” y

en el objetivo de constituir un gobierno de “amplia coalición democrática”, en lugar de centrarse en lograr la unidad con el “movimiento nacional” y poner en marcha una estrategia de corte insurreccional. Un año después, en una “introducción” escrita para el mismo texto, Cooke se refería explícitamente a ese episodio electoral, y al del 18 de marzo de 1962, para insistir en las responsabilidades del comunismo; respecto del primero, al igual que los “vanguardistas”, responsabilizaba al PC por la división del “fidelismo”, y elogiaba al PSAV por haber volcado sus votos al Laborismo; en cuanto al segundo, si bien consideraba que la decisión comunista de votar a Framini, rectificaba el error cometido en Santa Fe, la subestimaba por haber sido expresión de una unidad meramente “inorgánica, circunstancial” y reducida a lo electoral, con lo cual no habría favorecido a la izquierda sino a “los sectores más politiqueros y reaccionarios” del peronismo. No deja de ser llamativo que Cooke cargara sobre el PC tanta responsabilidad por el destino de “los elementos revolucionarios” que actuaban dentro del peronismo, sobre todo porque como él mismo él se encarga de aclarar, la importancia de ese partido provenía más de su condición de “representante oficial del socialismo mundial” que de su peso en la política nacional; el papel que Cooke le adjudica, a más de excesivo, parece haber estado dotado de cierta funcionalidad a la hora de explicar las dificultades de la izquierda peronista, tanto dentro del Movimiento como frente al mismo Perón.

Cuba: “una esperanza y un deber”

Esta frase escrita por Semán en *Cuba miliciana*, era una perfecta síntesis de la “mística cubanista” que alimentaba a los “vanguardistas” y a muchos otros jóvenes que, como ellos, estaban ansiosos por formar parte de la ola revolucionaria que se alzaba desde La Habana. Si bien el impacto de la Revolución es verificable desde el mismo momento de su triunfo, a partir de 1961-62 resulta muy difícil dar cuenta del derrotero de la izquierda argentina y latinoamericana si no se toma en cuenta el papel cumplido por Cuba como polo de atracción, y también como centro promotor de iniciativas revolucionarias de carácter continental.

Pese a la importancia del tema, a la hora de reconstruir las experiencias, itinerarios e historias –inclusive, debates- que formaron parte de esos proyectos, se choca con una notable escasez de información; por un lado, la misma índole de las iniciativas requería

que, mientras se desarrollaban, fueran sustraídas del conocimiento público; por otro, aún hoy, pese a los años transcurridos, muchos protagonistas mantienen en reserva buena parte de esa información que, en consecuencia, permanece atesorada en su memoria o circula fragmentariamente por circuitos más bien privados; además, muy probablemente, otra significativa porción permanezca en archivos de agencias gubernamentales que aún no han sido abiertos al público. De todas maneras, pese al carácter fragmentario del material, es posible delinear –aunque de manera preliminar- el lugar ocupado por el Socialismo de Vanguardia dentro de esa trama, así como la manera en que el influjo cubano se hizo sentir sobre ese Partido; en tal sentido, las entrevistas realizadas proporcionan indicios y datos que, sumados a los que aportan algunos recientes trabajos de investigación, permiten componer un cuadro en el que los “vanguardistas” aparecen junto a otros grupos de la “nueva izquierda”, con los que a la vez, compite.

Dentro del Socialismo, varias personas mantenían un vínculo estrecho con Cuba y actuaban como nexo para la militancia argentina; entre ellos, muy tempranamente se destacaron los dirigentes Alexis A. Latendorf, David Tieffenberg y Elías Semán. A los socialistas, como al resto de los argentinos que viajaban, las estadías en Cuba no sólo les permitían conocer la experiencia cubana sino que, además, los ponía en contacto con muchas otras que estaban en pleno desarrollo en América latina y en el “tercer mundo” – por ejemplo, la argelina, con la que por otra parte, el “Che” mantenía un vínculo especial. Por entonces, la Isla no sólo era centro de atracción y reunión para los revolucionarios de las más diversas nacionalidades, sino que también era objeto de atención -y disputa- entre las potencias del campo socialista; por esa misma razón, allí también se adquiría una más completa dimensión de los términos y alcances del debate entre el Partido Comunista de la Unión Soviética y el de China así como de las características de algunas experiencias socialistas heterodoxas, como la que dirigía el mariscal Tito en Yugoslavia. Por otra parte, de alguna manera también participaban de las disputas que se vivían dentro del mismo gobierno cubano, en particular las que contraponían a la dirigencia del M 26 con la del PSP, cuyo punto más álgido se registró en marzo de 1962, con el “episodio Escalante”; en esa ocasión, Fidel Castro puso fin al avance de los cuadros del PSP dentro de las estructuras del PURSC y del gobierno cubano; el episodio –que había estado precedido por numerosos choques entre cuadros del comunismo cubano y dirigentes que respondían a “los

comandantes”-, tenía como trasfondo la hostilidad de la gente de Escalante hacia el “Che”, cuyos planes de expansión de la lucha armada contradecían la línea de “coexistencia pacífica” entre los bloques geopolíticos, impulsada por la URSS.

Los comunistas, por su parte, tenían sus propias vías de comunicación, y además, ejercían un importante grado de control sobre las organizaciones de solidaridad y los registros de aspirantes a viajar a la Isla. En el caso de los peronistas, el lazo provenía de John W. Cooke y de Alicia Eguren, aunque la influencia de ambos parece haber excedido el ámbito de su propio Movimiento, alcanzando a sectores del “nacionalismo popular” - como los que se expresaban en *El Popular* y a algunos grupos trotskistas.

Ya a fines de 1961 había muchos argentinos en Cuba y, según testimonios, Guevara ya estaba comenzando -con Jorge R. Masetti y en el mayor secreto- los preparativos que culminarían con la instalación del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en Salta, dos años después. Además de este proyecto, el “Che” parece haber alentado otros en forma paralela, apoyándose en algunas personas que trabajaban en la construcción de redes de apoyo y en el reclutamiento de militantes, tal el caso de Ricardo Rojo y Alberto Granados, o algunos militantes provenientes del PCA -pero que ya no respondían al Partido-, y también Abraham Guillén, animador del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y vinculado a “viejos uturuncos” -que instalarían un foco en Tucumán, presuntamente conectado con el que abriría Masetti en Salta. En esta tareas, el “Che” era secundado por algunos cubanos directamente ligados a él, como el capitán del Ejército José María Martínez Tamayo (“Papi”) quien, durante 1962, recorrió América latina como parte de una operación supervisada por el jefe de la inteligencia de La Habana, Manuel Piñeiro.

1962, fue un año más que significativo para Cuba ya que, durante su transcurso, se produjeron hechos de gran trascendencia: a fines de enero, la Conferencia de Cancilleres reunida en Punta del Este, “separó” a Cuba del sistema interamericano; pocos días después, su gobierno respondió con la Segunda Declaración de La Habana en la que, no sólo reafirmaba el carácter socialista de la Revolución, sino que además, en tono épico y moralmente apremiante, convocaba a los pueblos a seguir “el ejemplo de Cuba” y recordaba que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”; finalmente, en el mes de octubre se produjo la “crisis de los misiles”, conflicto que además de llevar al mundo hasta el borde del enfrentamiento nuclear, generó rispideces en la relación cubano-

soviética debido a la manera “inconsulta” en que la URSS decidió retirar el armamento instalado en la Isla.

Entre estos dos grandes episodios de 1962, se ubican otros que involucraron directamente a los argentinos que por entonces se encontraban en Cuba. Uno de ellos – frecuentemente recordado- fue el “asado” del 25 de mayo de 1962, realizado en un “campamento” en La Habana, durante el cual Guevara y Cooke hablaron a sus compatriotas; el discurso del “Che”, conocido como “Mensaje a los argentinos”, hacía eje en la comparación entre la “primera” y la “segunda” independencia, y llamaba a los argentinos a trabajar en la organización de un “ejército popular” y de un frente político, con los cuales avanzar en las tareas emancipatorias aún pendientes; en la misma línea de pensamiento, Cooke contrapuso al “grupo pretoriano que hoy gobierna la Argentina” – Frondizi ya había sido destituido- con los ejércitos liberadores del siglo XIX , a los que asignó el carácter de verdaderas “milicias populares”.

Poco antes de este encuentro, en la época de la Segunda Declaración de La Habana, Alicia Eguren se había instalado en Montevideo y, desde allí, convocó a militantes políticos argentinos para viajar a Cuba e integrarse a cursos de formación política y entrenamiento militar, entre quienes se contaban . Finalmente, el contingente resultó integrado por miembros de la Juventud Peronista (JP) -entre ellos, Manuel J. Gaggero-, varios activistas de la “resistencia” y algunos militantes del Movimiento Obrero Comunista -ligados a Rodolfo Puiggrós-, además de los contactos con dirigentes de otras organizaciones –entre ellos, Angel Bengochea del trotskista Palabra Obrera (PO), algunos militantes provenientes del MIR- Praxis, de Silvio Frondizi, y el grupo socialista comandado por Elías Semán.

El “campamento” que todos ellos constituyeron, tenía por objetivo sentar las bases para que, una vez de regreso en el país, los grupos se abocaran a la constitución de un Frente de Liberación; dicho Frente –y su ejército-, presumiblemente se integraría a un proyecto mayor, al que algunos autores se refieren cuando hablan de “los planes cubanos para el cono sur”, y que habría consistido en un intento de gran envergadura que incluía la instalación de grupos guerrilleros en diversas zonas de la región. Pero, los planes vinculados al “campamento argentino” no pudieron concretarse, al menos de la manera en que habían sido inicialmente pensados, debido a la multiplicación de conflictos entre los grupos que lo componían. La acumulación de diferencias terminó por crear un clima de

tanta tensión que llevó a “los cubanos” –incluidos Guevara y Fidel Castro- a considerar que el grupo carecía de la mínima unidad ideológica y política requerida para ser la base de un futuro Frente de Liberación y, por esa razón, decidieron darles la instrucción prometida pero abstenerse de trazar planes que lo incluyeran. Desde entonces, el “Che” se habría concentrado en el grupo de Masetti y, en relación con los argentinos de ese “campamento”, sólo habría hecho acuerdos con el grupo de Bengochea para que, de regreso en el país, comenzara a prepararse para iniciar acciones en Tucumán –que, presumiblemente, se vincularían con el grupo de Masetti.

Todo parece indicar que, el PSAV quedó más bien al margen de la corriente principal impulsada por el “Che” en la Argentina; sin embargo, es muy probable que algunos de sus hombres hayan sido depositarios de una especial confianza por parte de “los cubanos” y hayan cumplido algunas importantes tareas, tanto en lo referente a la organización del “foco” en Salta como, en otro plano, las concernientes a las relaciones con Perón. En este nivel, hacia fines de 1962, la dirigencia cubana acordó con Cooke la realización de un viaje de éste a Madrid, para intentar convencer a Perón de la conveniencia de instalarse en La Habana y, desde allí, impulsar la constitución de “una corriente revolucionaria en el peronismo”. Este proyecto no podía sino contar con el apoyo de los “vanguardistas” quienes, en coincidencia con Cooke, pensaban que en la evolución de la identidad política de los trabajadores radicaba el elemento “subjetivo” capaz de detonar la revolución en Argentina, y por eso realizaban ingentes esfuerzos por “entroncar” con el peronismo: desde los acuerdos electorales hasta los intentos de concreción de un Frente y el apoyo a la “resistencia” y sus comandos.

Sin embargo, en este período, congeniar pro-peronismo y pro-cubanismo ya comenzaba a mostrar dificultades, y en consecuencia, a generar discusiones dentro del PSAV; por un lado, el peronismo, como se ha visto, no mostraba los ímpetus insurgentes que se le atribuían, y por otro, los cubanos impulsaban una estrategia de lucha armada que, en buena medida parecía dejar al margen al PSAV. Ya desde entonces, algunos tenderían a priorizar los lazos con el peronismo, mientras que otros lo harían con la preparación de la lucha armada. Sin que puedan establecerse nítidas fronteras, la segunda posición parece haber predominado entre la generación más joven, mayoritariamente universitaria y asentada en la Federación de la Capital, mientras que la primera, habría tenido su asiento en

el Comité Nacional, donde las figuras de mayor peso eran Alexis A. Latendorf y Enrique Hidalgo.

FUENTES:

- Che, esp. n° 12, 13, 14, 15, 19, 26 (todos de 1961).
- Situación n° 1, 5, 6/7 y 8 (1960 y 1961).
- La Vanguardia 10-5-61; 17-5-61; La Vanguardia "roja" 17-1-62; 31-1-62; 28-2-62; 12-3-62.
- La Razón 4-5-61; 9 y 17-3-62; 23-2-62; 10, 12, 15-3-62; 20-3-62.
- La Nación 24 y 25-1-62; 12 y 13-3-62; 19, 20, 22 y 29-3-62.
- Entrevistas a: A. Latendorf, R. Monner Sans, J. C. Marín, N. Ciaravino, B. Balvé, A. Celentano, J. Gravidker, I. Gilbert, H. Calelo, S. Colabella, M. Gaggero, J. Constenla.
- PSA (Secretaría Tieffenberg), 46° Congreso Nacional Extraordinario, 29 y 30 de septiembre y 1° de octubre de 1961.
- CN- PSAV, "La crisis política y el PSAV", abril 1962
- Solicitada "Los estudiantes al pueblo", en LV "roja" 12-3-62. Firman J. Bellomo (FUA), A. Klainer (FUA), E. Laclau (consejero superior), A. Pascual (FUA), Analía Payró (Presidente del Centro de Filosofía y Letras), H. Covos (Presidente del Centro de Derecho), J. Mandelman (Vicepresidente del centro de Farmacia), C. Martínez (Vicepresidente del centro de Medicina), I. Kupermitz (Secretario del Centro de Medicina), C. Medina (Presidente de CAES), J. Portnoy (Presidente de FEMES), E. Waisbon (Secretario de Relaciones de FEMES), D. Lutzky (Consejero en Filosofía y Letras), Marta Nanni (Consejera en Filosofía y Letras), A. San Martín (Consejero en Medicina), F. Maldonado (Consejero en Ciencias Exactas), J. Weskind (ex Secretario de FUBA), E. de Ipola (ex Presidente de FUBA), H. Calelo (ex Secretario General de FUBA), M. Ikonikoff (ex Secretario General de FUBA), L. Halperín (ex Secretario General de FUBA), R. Tancredi (ex Secretario General de FULP), A. Ferreryroa (ex Consejero Superior UNLP), R. Kriscautzky (ex Consejero Superior), H. García Braga (ex Consejero Superior), Raquel Ferrario (ex Consejera Superior), S. Roswerger (ex Consejero Superior), R. Nudelman (ex Presidente del Centro de Derecho), H. Fernández (ex Presidente del Centro de Arquitectura), J. Blengino (ex Presidente del Centro de Filosofía y Letras), S. Drajer (ex Consejero en Medicina), E. Barusso (ex Consejero en Derecho), Ana Lía Kornblit (ex Consejera en Filosofía y Letras), J. D. D'Alessio (ex Consejero en Filosofía y Letras), Perla Golbert (ex Consejera en Filosofía y Letras), L. Bombassi (ex Consejero en Farmacia).
- Nueva Era n° 3, abril de 1962.
- E. Guevara, "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?", Revista Verde Olivo, La Habana, 9-4-61.
- J. W. Cooke, "Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina" (1961), en Pasado y Presente n° 2/3 (nueva serie), julio/diciembre de 1973
- Correspondencia Perón- Cooke.
- E. Semán, Cuba miliciana, Ubicación, 1961.
- Primera y la Segunda Declaración de La Habana, en Cuaderno n° 3 de Cristianismo y Revolución, enero 1969.

Bibliografía mencionada

- POTASH, R (1985), *El Ejército y la política en la Argentina (II). 1945-1962. De Perón a Frondizi*, Hyspamérica, Buenos Aires.
- SMULOVITZ, CATALINA (1988), *Oposición y gobierno: los años de Frondizi*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- TORRE, J. C. (2004), *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- TORTTI, M. C. (2005), "Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda argentina", en C. Herrera y H. Camarero (c), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Prometeo, Buenos Aires.

